

TEMPLO HERMANA TERESA



"La FE como fortaleza"

11/07/2026

“La FE como fortaleza”

Queridos hermanos y hermanas

Hay momentos en esta existencia en los que pareciera que todo aquello que sosteníamos con nuestras manos se desmorona. Hay circunstancias que golpean con fuerza, que dejan marcas, que nos obligan a detenernos y mirar alrededor preguntándonos por qué. Son instantes en los que sentimos que algunos brazos se han roto, que ciertas fuerzas ya no son las mismas, que el cansancio pesa más de lo que imaginábamos.

Pero hoy queremos compartir con ustedes una verdad que nace de la Fe y que ninguna dificultad puede destruir: que se hayan roto unos brazos no quiere decir que se hayan roto algunos espíritus.

Porque los brazos pueden cansarse. Los proyectos pueden sufrir demoras. Los edificios pueden cerrarse. Los caminos pueden llenarse de piedras. Incluso los sueños pueden atravesar noches oscuras. Pero cuando el espíritu permanece unido a Dios, cuando el alma sigue creyendo, cuando la esperanza continúa encendida, todavía existe un mañana esperando ser construido.

El verdadero poder del ser humano nunca estuvo solamente en su fuerza física. Nunca estuvo únicamente en los recursos

que posee, ni en las comodidades que disfruta. La verdadera fortaleza nace en el interior. Nace en ese lugar donde la Fe conversa con la esperanza y donde Dios sigue sembrando paz aun cuando afuera parezca haber tormenta.

Muchas veces confundimos los golpes con las derrotas.

Pensamos que porque algo se quebró, todo terminó. Pero Dios nos enseña algo distinto. Nos enseña que una dificultad no siempre es un final. A veces es el comienzo de una nueva manera de caminar.

La vida cambia constantemente. Lo que ayer parecía seguro, hoy puede no estar. Lo que hoy duele, mañana puede convertirse en una enseñanza. Lo que hoy parece una pérdida, con el tiempo puede transformarse en una oportunidad para crecer de una manera que nunca hubiéramos imaginado.

Por eso no debemos medir nuestra fortaleza por la ausencia de problemas. Debemos medirla por nuestra capacidad para seguir creyendo aun cuando los problemas aparecen.

Porque hay personas que nunca enfrentaron grandes dificultades y, sin embargo, viven derrotadas por dentro. Y también existen hombres y mujeres que han atravesado enormes sufrimientos, pero conservan una paz que nadie puede quitarles. ¿Cuál es la diferencia? La diferencia es el espíritu.

Cuando el espíritu permanece vivo, siempre aparece una posibilidad nueva.

Cuando el espíritu permanece unido a Dios, siempre existe un camino que todavía no vimos.

Cuando el espíritu conserva la Fe, siempre hay una solución esperando el momento adecuado para manifestarse.

Nosotros estamos llamados a ser personas que no se rinden frente a las circunstancias. No porque seamos más fuertes que los demás, sino porque confiamos en una fuerza mayor que nosotros mismos.

La Fe nunca prometió una vida sin dificultades. Lo que promete es algo mucho más profundo: que ninguna dificultad tendrá la última palabra mientras el alma permanezca tomada de la mano de Dios.

Hoy quizás algunos sienten que están comenzando nuevamente. Que deben reconstruir proyectos. Que deben aprender otras maneras de hacer las cosas. Que deben adaptarse a realidades que jamás imaginaron vivir.

Y adaptarse no significa rendirse.

Aprender no significa reconocer una derrota.

Comenzar de nuevo no significa haber fracasado.

Al contrario. Adaptarse es una muestra de inteligencia.

Aprender es una muestra de humildad. Volver a empezar es una muestra de valentía.

Los árboles que sobreviven a las tormentas no son siempre los más rígidos. Muchas veces son aquellos que aprendieron a doblarse sin quebrarse.

Lo mismo sucede con nosotros.

La rigidez muchas veces nos hace sufrir más de lo necesario.

En cambio, quien conserva el alma abierta puede descubrir caminos donde otros solamente ven paredes.

Dios no deja de obrar porque cambien nuestras circunstancias.

Dios sigue trabajando aun cuando nosotros todavía no entendemos el propósito de lo que estamos viviendo.

Mientras nosotros vemos obstáculos, Él continúa viendo posibilidades.

Mientras nosotros contamos pérdidas, Él continúa sembrando futuro.

Mientras nosotros lloramos lo que quedó atrás, Él ya está preparando aquello que vendrá.

Por eso hoy no debemos preguntarnos únicamente qué perdimos.

También debemos preguntarnos qué estamos aprendiendo.

Porque toda experiencia deja una enseñanza para quien decide crecer.

Tal vez estamos aprendiendo a valorar más a las personas que a las cosas.

Tal vez estamos aprendiendo que la verdadera comunidad no depende solamente de un lugar físico, sino del amor que une los corazones.

Tal vez estamos aprendiendo que la Fe no necesita paredes para vivir, porque su verdadero templo comienza dentro de cada alma.

Tal vez estamos aprendiendo que Dios nunca abandona a quienes siguen caminando con sinceridad.

Y esas enseñanzas son tesoros que nadie podrá quitarnos.

Nuestra comunidad ha demostrado muchas veces que sabe levantarse.

No porque nunca haya sufrido.

Sino precisamente porque aprendió a transformar el dolor en servicio, la incertidumbre en esperanza y las dificultades en oportunidades para crecer espiritualmente.

Cada desafío que enfrentamos nos obliga a descubrir capacidades que antes permanecían dormidas.

Hay fuerzas que solamente aparecen cuando realmente las necesitamos. Hay talentos que nacen en medio de las pruebas. Hay personas que descubren su verdadera vocación cuando todo parecía perdido. Y eso también forma parte del camino de Dios.

Porque muchas veces creemos que estamos perdiendo el control, cuando en realidad estamos aprendiendo a confiar

más profundamente.

Confiar no significa quedarse esperando que todo ocurra solo.

La Fe verdadera siempre camina acompañada por la acción.

Hay Fe, pero también hay trabajo. Hay esperanza, pero también compromiso. Hay oración, pero también esfuerzo. Hay confianza, pero también responsabilidad.

Dios bendice las manos que trabajan con honestidad y los corazones que no abandonan la esperanza.

Por eso nuestra tarea no consiste en lamentarnos eternamente por aquello que ya pasó.

Nuestra tarea consiste en mirar hacia adelante.

Consiste en aprender. Consiste en crecer. Consiste en seguir construyendo. Consiste en volver a escalar.

Porque la montaña continúa allí.

Quizás el camino cambió. Quizás la subida sea distinta.

Quizás ahora debemos avanzar más despacio.

Pero la cima sigue esperando a quienes perseveran.

Y escalar no significa correr.

Escalar significa avanzar un paso más. Un solo paso puede parecer pequeño. Pero miles de pequeños pasos terminan conquistando grandes montañas.

Así también ocurre con la vida espiritual.

Cada oración sincera. Cada acto de amor. Cada gesto de solidaridad. Cada palabra de aliento. Cada esfuerzo silencioso. Cada decisión de perdonar. Cada mañana en la que elegimos seguir creyendo.

Todo eso son pequeños escalones que Dios transforma en grandes victorias.

No permitamos entonces que las heridas de los brazos nos hagan olvidar la fortaleza del espíritu.

No permitamos que las dificultades nos convenzan de abandonar aquello que Dios sembró en nuestro corazón.

No permitamos que el miedo ocupe el lugar que solamente le corresponde a la esperanza.

Porque mientras exista Fe, habrá caminos.

Mientras exista unidad, habrá fuerza.

Mientras exista amor, habrá comunidad.

Mientras exista esperanza, habrá futuro.

Y mientras Dios continúe habitando en nuestras almas, nunca estaremos verdaderamente derrotados.

La Hermana Teresa nos dice hoy:

“Sigán caminando juntos. Sigán aprendiendo juntos. Sigán adaptándose con humildad. Sigán creciendo con paciencia. Sigán escalando con perseverancia.

Porque los desafíos podrán romper algunos brazos, pero

jamás podrán romper un espíritu que decidió permanecer unido a Dios.”

Que cada uno de nosotros salga hoy con esa convicción profundamente grabada en el corazón: hay Fe, hay solución. Hay un camino por recorrer, hay una montaña por subir y hay un Dios que nunca deja solos a quienes, aun en medio de las pruebas, eligen seguir caminando con esperanza.

Que así sea. Que la paz habite nuestras almas, que el amor fortalezca nuestros corazones y que nunca perdamos la certeza de que, cuando el espíritu permanece firme en Dios, siempre existe una nueva oportunidad para empezar a escalar.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.